

Juan Bautista



24 de junio de 2024

Is 49, 1-6

Sal 138

Hech 13, 22-26

Lc 1, 57-66.80

P. Eduardo Suanzes, msps

Hoy la Iglesia celebra agradecida la figura del Bautista dándole gracias a Dios por su nacimiento. Me gustaría abordar la figura de Juan desde otros puntos de vista de los que estamos normalmente acostumbrados a comentar. Tal vez para fijarnos en otros detalles y agradecer a Dios, esta vez, desde ahí.

La narración de Lucas del evangelio sobre su nacimiento es un texto con fines teológicos y catequéticos en donde Lucas entrelaza el nacimiento de Juan con la concepción milagrosa y el nacimiento de Jesús, con la intención de hacer de Juan un precursor del mesías desde el seno materno. El anuncio de su nacimiento entra en el esquema literario de una Anunciación como la de Jesús: es muy parecido al esquema del relato al de María. Lucas no quiere dar solamente el dato del nacimiento extraordinario de Juan; tampoco narra la historia tan solo para mostrar la intervención de Dios en la historia de los hombres. Lo que busca, por encima de todo, es presentar al niño como **fundamental en la historia de la salvación**. Dios está con él y su vida va a seguir un camino guiado por Dios desde su nacimiento. Lo presenta, además, con linaje sacerdotal concluyendo al final su estancia en el desierto hasta que se presenta a la vida pública; este último dato ha hecho que algunos relacionen a Juan con los esenios (secta judía ultraortodoxa, alejada del Templo y sus instituciones, algunos de cuyos miembros vivían en el desierto, en Qumrán).

Pero ¿Cuáles fueron sus rasgos principales del Bautista?

Fue un profeta del desierto. El desierto tiene el significado bíblico del éxodo de Israel hacia la tierra prometida, de la alianza que Dios hace con su pueblo en el desierto y de la intervención-presencia de Dios en ese ámbito. El desierto es, pues, lugar de referencia de Dios. Por eso algunos movimientos religiosos (los esenios de Qumran, algunos pretendientes mesiánicos) se fueron al desierto en espera de la aparición de Dios. Juan, sin duda, predicó y bautizó en el desierto de Judea, al NE de Jerusalén, en la zona oriental del Jordán cerca del Mar Muerto (región de Perea). Esto perfila a Juan como un profeta del desierto (al estilo de Elías, que también recibió la acción de Dios en el desierto). Además, los datos sobre la vestimenta y forma de vida de Juan quizás pretenden relacionarlo con Elías (se sabe históricamente que seguidores del Bautista esperaban la vuelta del profeta Elías): lleva el típico cinturón de cuero de Elías y el manto de pelo que Zacarías cita como signo de los profetas. Su alimentación es ascética, muy vinculada al desierto: nada posee, no trabaja para ganarse la vida, renuncia a elementos de su cultura como el pan y el vino.

Son rasgos escatológicos: Juan se desentiende del pasado y del presente para vivir pendiente sólo del futuro que se aproxima.

Por eso, sin lugar a dudas, **él fue un profeta escatológico**. En efecto, cuando Juan aparece públicamente, si observamos todos los textos en los que los evangelistas tratan de él concluiremos que ofrecen una imagen de Juan el Bautista fuertemente profética y escatológica. Alguien que habla con autoridad propia, sin que ninguna institución haya delegado en él; automarginado de la institución religiosa oficial (el Templo), que lleva una vida ascética en el desierto, desapegado de todas las cosas y relaciones sociales, y que anuncia un juicio y un castigo inminentes que Dios va a suscitar. Las viejas fórmulas religiosas no valen, se precisa el arrepentimiento de la impiedad personal y colectiva, se precisa la conversión, la vuelta a Dios. El bautismo con agua es signo de esa conversión y de ese cambio de vida. Pero no hay que confiarse por haber sido ya bautizado o por haber iniciado ese camino de conversión, pues la condenación aún puede llegar de manos del «más fuerte» (Dios o su enviado).

Pero Juan aparece en Lucas, además, no sólo como profeta escatológico, sino también como rabí o **maestro de sabiduría**¹, e incluso también en el cuarto evangelio² cuando se le acercan a él como rabí. Juan también enseñaba pautas de comportamiento para vivir según ese nuevo estilo de conversión. A eso se llama en la antigüedad ser un maestro de sabiduría: el que enseña cómo vivir. Sabemos, además, que Juan tenía discípulos y que estos siguieron siéndolo después de su muerte. Es plausible pensar que Juan, además de ser el precursor de Jesús, sino también dio enseñanzas morales.

Para reforzar este aspecto de Juan tenemos el testimonio extrabíblico de Flavio Josefo. Este escritor judío se refiere a Juan al narrar la derrota del ejército de Herodes Antipas a manos del ejército de Aretas, rey de los nabateos (zona de Petra, en la actual Jordania). Antipas había repudiado a su esposa, una hija de Aretas, para casarse con Herodías³. Este desprecio seguramente acentuó la hostilidad entre ambos reinos, cuyos ejércitos se enfrentaron con la derrota de los herodianos. Josefo recoge en su libro de finales del siglo I el sentir popular de algunos sectores que interpretaron esta derrota como un acto de justicia de Dios por la muerte de Juan, y, de paso, da su visión del personaje. Y dice Flavio Josefo: «Pues Herodes lo había condenado a muerte, aunque era un hombre bueno y había exhortado a los judíos a vivir rectamente, a practicar la justicia entre ellos y la piedad hacia Dios y, por ello, a hacerse bautizar. Pues sólo así sería el bautismo agradable a Dios: no debían usarlo para obtener el perdón de cualesquiera pecados que cometieran, sino más bien para la

¹ En el episodio de su anunciación el ángel Gabriel le dice a Zacarías: «... estará lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, y a muchos de los hijos de Israel, les convertirá al Señor su Dios, e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y a los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto. (Lc 1,15-17)

² Cfr. Jn 3,26

³ Objeto de la denuncia del Bautista

purificación de sus cuerpos, lo que suponía que sus almas habían sido ya totalmente purificadas por una conducta recta»⁴

La semblanza que Josefo hace de Juan presenta a éste como un maestro de sabiduría, como una especie de filósofo griego pero en judío: un hombre bueno que invita a vivir rectamente, a tratar con justicia al prójimo y a adorar a Dios. En este sentido, Josefo coincide con Lucas al presentar a Juan como un maestro de sabiduría, que enseña normas éticas para vivir.

También podemos decir que **Jesús tenía en alta estima a Juan**. En efecto. Jesús dice expresamente que el bautismo de Juan venía de Dios⁵ y que Juan era ese Elías que todos esperaban que reaparecería antes del mesías⁶. Esta visión tan «positiva» de Juan indica sin lugar a dudas la proximidad de Jesús hacia él y la estima que le tenía como hombre de Dios. Esto es algo evidente que viene avalado por la consideración de que cuando esto se escribe (entre los años 70-90), existen seguidores de Juan que le consideran Mesías, frente a las pretensiones de los cristianos. Si los evangelistas mantienen tal juicio positivo de Jesús hacia un potencial «rival»⁷ es porque tal proximidad de Jesús con Juan fue una realidad indiscutible. El Bautista fue una figura clave en la vida de Jesús y en su evolución personal-religiosa. Y ello nos da algunos posibles rasgos de la propia figura de Jesús en esa época.

⁴ FLAVIO JOSEFO. *Antigüedades Judaicas XVI 11,116-119*

⁵ Cfr. Mt 21, 24-27

⁶ Cfr. Mc 9, 13

⁷ ...naturalmente desde el punto de vista de los seguidores del Bautista...